

Televisión Española nos ha mostrado en estos días de las felices pascuas una antología de escenas y entrevistas en las que se ha podido apreciar muy claramente que, en España, lo que se llama el pueblo o, como dice la misma TVE, la gran masa de «gentes humildes», irradia felicidad y sana alegría, especialmente en estos señalados días. Se ha fijado este año Televisión Española, sobre todo, en lo que se viene llamando «el mundo del trabajo». Al recoger sus cámaras «el pulso» de «los hombres y las tierras de España», se ha detenido de modo preferente a hablar con campesinos y obreros a quienes ha preguntado «lo que significan para usted las Navidades». Y todos se han mostrado contentísimos. El sentido «realista» de Televisión Española ha sido esta vez muy notable. Ha reconocido que estas gentes llevan «una vida muy dura». Lo cual no obsta para que hayan expresado ante las cámaras su satisfacción con motivo de las fiestas. Así, hemos visto en la pequeña pantalla a unos mineros instalando un belén en el fondo de una mina; a unos campesinos cantando villancicos mientras recogían la cosecha de patatas, y otras entrañables escenas. Según hemos podido ver en la pequeña pantalla, la felicidad ha sido general en estas Navidades. Acaso se deba a esa ley que dice que, de ahora en adelante, «cada españolito tendrá su solar», o las «acertadas medidas» tendentes a la contención de los precios, o a los «éxitos internacionales» cosechados por España, pero el caso es que hasta el amargo don Cicutu, que todo lo encuentra mal siempre, apareció el otro día en su programa llorando y cantando villancicos, y dándole la razón a Papá Noel, con quien al principio no parecía avenirse mucho.

La cosa tiene evidentemente una motivación político-sentimental y a este respecto es significativo que, también en estos días, Televisión Española nos haya ofrecido un programa que demuestra, de forma incontestable, el cariño que un pueblo siente por su alcalde y cómo sabe demostrárselo cuando llega el caso. Me refiero al último programa emitido de la serie «Crónicas de un pueblo», que trata del nacimiento del primer hijo del señor alcalde de Villanueva del Rey Sancho. Los telespectadores que siguen este programa pudieron asistir a la boda de la primera autoridad municipal con la farmacéutica del pueblo. Pues bien, el matrimonio ha dado ahora sus frutos, con tan buena fortuna, para que se vea que a los señores de Prado del Rey les sale todo a su gusto, que el parto de la señora del alcalde se adelantó de forma que no da tiempo a llevarla a la Maternidad de la capital de la provincia. Y lo que en nuestros días se considera un contratiempo, resulta un bien, porque Televisión Española tiene ocasión de ofrecernos escenas entrañablemente populares, que recogen la alegría y regocijo de aquellas gentes sencillas ante el nacimiento de la hija de la autori-



## EL NACIMIENTO DE LA NIÑA DEL SEÑOR ALCALDE

dad en el televisivo «belén» de Villanueva del Rey Sancho.

Hace algún tiempo, en un reportaje publicado en estas mismas páginas sobre el pueblo de Santorcaz, que es donde se rueda esta serie, conté que los realizadores del programa habían recibido de la superioridad órdenes en el sentido de que el alcalde de Villanueva había de ser «joven, guapo y tractorista» y prototipo, por tanto, de los alcaldes de los pueblos de España. Gracias a aquella prudente previsión hemos tenido ahora ocasión de contemplar el gozoso programa que comento. Desde el momento en que se sabe que la señora del alcalde va a dar a luz en el pueblo, nadie habla allí de otra cosa. Se olvidan rápidamente las pequeñas rencillas, poca cosa, que pudiera haber, así como los «problemillas» que surgen en la vida diaria. Villanueva del Rey Sancho es un pueblo donde todo el mundo es buenísimo. En uno de los últimos programas, por ejemplo, unos chavales del pueblo abandonaban secretamente de noche sus hogares para ir a espiar a un caballero con aspecto de noble venido a menos, que tenía la costumbre de salir todas las noches comprobando previamente que nadie le veía. El caballero se dirigía a la espesura del vecino bosque y sacaba de la maleza un hacha. Con gesto terrorífico examinaba su filo. La noche en que los chicos le siguieron solos, un importuno ruido hizo imposible que el espectador se enterara del motivo por el cual aquel caballero tenía la costumbre de salir todas las noches descubierta la infantil aventura, el maestro, don Antonio, acompañaba a los muchachos en la sigilosa pesquisa. Y todos juntos descubrían que el pobre señor del hacha la única que quería era cortar un poquito de leña para el invierno sin pasar por la vergüenza, él que no había trabajado nunca, de hacerlo a la luz del día. Hinchidos los corazones de comprensión hacia el empobrecido aristócrata (prototipo de la nobleza española), se le hacía a todo el mundo un nudo en la garganta mientras temblorosas lágrimas regaban el tácito voto de hermandad fraterna entre los señores y el pueblo.

En el caso del nacimiento de la hija del alcalde, se veía paladinamente cuál puede llegar a ser el grado de identificación y afectión entre administradores y administrados. Bien es verdad que el alcalde, además de ser joven, guapo y tractorista, era humano en grado eminente. Con lo que, como cuando se matan dos pájaros de un tiro, se demostraba, también de paso, que no por el hecho de ser bien parecido, radiantemente tecnocrático y vigorosamente joven, tiene el hombre que ser frío de sentimientos. Bien claramente se echaba de ver esto al contemplar lo muy nervioso que estaba el señor alcalde mientras esperaba en el comedor del improvisado sanatorio el parto de su señora. Y, con él, daban también impacientes paseos el buen maestro don Antonio y el señor cura; y en la plaza, la mayoría de los hombres del pueblo. El único que estaba tranquilo era el señor médico, que se ocupaba de tranquilizar a don Antonio y al padre de la criatura. Una de las frases dadas que el médico pronunciaba era ésta: «¿Tú que crees, que mandan a los pueblos pequeños a los peores de cada curso?», donde se sugería el altísimo grado de atención sanitaria de los pueblos españoles. No pudiendo aguantar más tiempo en el comedor, el alcalde entraba en el cuarto donde su señora estaba dando a luz, y aparecía a los pocos momentos sostenido por dos señoras, entre ellas la mujer del maestro, y con cara de desmayado. Dirigiéndose a don Antonio le decía su mujer, mirando comprensivamente al mareado padre: «¿Quién le habrá dicho a este caballero que esto es cosa de hombres?».

La plaza estaba llena de hombres que nerviosamente paseaban durante la angustiada espera. Pero se encontraba a faltar a las mujeres, y alguien, para resaltar más la escena que vendría después, decía: «No han venido las mujeres». Y, en ese momento, como por ensalmo, aparecía una comitiva de señoras que, con más calma que sus maridos, acudían a interesarse por el venturoso acontecimiento. Eran inenarrables las escenas que se producían cuando se oía dentro del cuarto el llanto de la criatura y salía del mismo la señora de don Antonio gritando que había nacido «una preciosa niña». Todo el mundo había esperado que naciera un varón, pero ahora el júbilo era indescriptible. El médico abrazaba al maestro diciéndole: «Enhorabuena, padrino»; padrino este que pone de relieve la entrañable familiaridad que en nuestro país existe entre la autoridad y la cultura. En otra escena, el maestro ponía la mano, aliviado de la angustia de la espera, sobre el hombro del joven cura. Y éste murmuraba, viendo el gozo popular que se había desbordado en Villanueva: «Tengo la mejor parroquia del mundo». Hacia el final, el alcalde, ya repuesto de su desmayo, salía al balcón y era aclamado por el pueblo, congregado en la plaza. ■ LUIS CARANDELL.